

Nuevo coronavirus y buen gobierno. Memorias de la pandemia del COVID-19 en Perú¹

Néstor Taipe

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga
nestor.taipe@unsch.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0002-8194-7946>

Resumen. Esta es una reseña del libro *Nuevo coronavirus y buen gobierno: Memorias de la pandemia del COVID-19 en Perú*, de Edilberto Jiménez, en la que, desde una perspectiva testimonial, ilustra con 100 dibujos los estragos que generó el virus entre los peruanos desde la primera quincena de marzo hasta noviembre de 2020.

Palabras clave. COVID-19, crónica, gobierno, enfermedad, muerte.

Hasta el 6 de mayo, la OMS reportó la muerte de 6'200,000 personas y se estimaba que otras 9'500,000 no estarían reportadas. **En consecuencia, han muerto aproximadamente 14'700,000 personas en el mundo.**

De la cifra anterior, el 15 % corresponde a países con altos ingresos; el 28 % a países con ingresos medio-altos; el 53 % a países con ingresos medio-bajos; y el 4 % a países de bajos ingresos. Entre el grupo de países con más muertes están India, Rusia, Indonesia, EEUU, Brasil, México y Perú.

Desde el 15 de marzo de 2020 a 10 de mayo de 2022, en Perú **fueron reportados 3'567,000 positivos** (que representa el 10.93 % con relación a la población total) y hubo 212,891 fallecidos (que presenta el 0.65 % de la población total).

El libro de Edilberto Jiménez constituye una crónica de su percepción de cómo llegó el virus a nuestro país, se propagó, asustó, enfermó y provocó muertes. Además, están los registros de los impactos múltiples sobre la población de las medidas adoptadas por el estado en su afán de mitigar y controlar el contagio. En apenas algunas semanas se hizo evidente que el sistema ni la población estábamos preparados para afrontar una pandemia de esta dimensión.

¹ Jiménez, E. (2021). *Nuevo coronavirus y buen gobierno. Memorias de la pandemia del COVID-19 en Perú*. Instituto de Estudios Peruano.

El punto de partida de las crónicas del libro lo constituye un dibujo que representa la declaratoria del Estado de Emergencia Nacional, del 15 de marzo de 2020, rubricado por Martín Vizcarra, por las graves circunstancias que afectan la vida de la Nación a consecuencia del brote del COVID-19; y el punto de cierre lo constituye otro dibujo que representa las muertes de Inti y Brayan en el contexto del movimiento social que hizo renunciar al usurpador Manuel Merino y nos hace recordar al Presidente del Consejo de Ministros Ántero Flores que siempre decía: “no lo comprendo totalmente...” o “no sé qué les fastidia”, fingiendo minimizar o ignorar a las protestas ante la ilegitimidad del gobierno.

Sin embargo, la cronología que realiza nuestro autor corresponde al proceso como hecho social total que, desde la enfermedad, compromete a la política, la economía, las migraciones, la educación, la religión, las emociones (especialmente los miedos), la desobediencia social, los hábitos, la solidaridad, la desigualdad, la corrupción, la voracidad del capital por obtener ventajas, confirmando que la desgracia de unos es oportunidad de otros, etcétera. Todo esto está representando en los 100 dibujos y notas de Edilberto.

Las representaciones son la objetivación artística de sus propias observaciones. Por tanto, es necesario resaltar que el autor registra con sentidos culturales formados entre los quechuas andinos. Esto marca su énfasis en valorar lo colectivo y la solidaridad entre las personas. Pero también desde su condición de hombre del pueblo con formación universitaria en ciencias sociales, se indigna de cómo se hizo evidente la corrupción en todos sus niveles, desde los elevados precios de medicamentos que en otros tiempos eran baratos (esto porque hay un monopolio), del alto costo del internamiento en las clínicas, del colapso del sistema de salud pública, del encarecimiento de los productos de primera necesidad y del uso político de la asistencia a los necesitados.

Gran parte de los impactos de la pandemia sobre la población y sus modos de vida están plasmadas en estas crónicas. Aquí, es bueno resaltar las notas de Víctor Vich que, en el prólogo, hace notar la emergencia de las profundas desigualdades sociales que aún existe en nuestra sociedad.

Como se dijo, el impacto del COVID-19 no fue igual en los países ricos y en países pobres. Pero aún, dentro de nuestro propio territorio, no es igual enfermarse para un miraflorentino que para uno que habita en Mollepata de Ayacucho. No es igual que se enferme un gran comerciante que un estibador. No es igual que se enferme una persona que, como el ambulante, vive con la ganancia que obtiene en el día a día que un funcionario que tiene un sueldo fijo. No es igual cobrar un sueldo trabajando desde tu casa a que te confinen y no puedes hacer taxi u otra actividad que requiere salir fuera de casa para ganarte el pan.

El impacto anterior, como lo narra en sus crónicas el autor, al poco tiempo provocó un retorno compulsivo de millares de familias, que vivían de la economía informal en las ciudades, hacia sus lugares de origen en los Andes. Los gobernadores regionales de Ayacucho y Huancavelica declararon que cerrarían sus fronteras. Junín reaccionó enviando una flota de buses para facilitar el retorno de los varados en Corcona en Huarochirí (en la carretera central). Solo después enmendaron sus errores las autoridades huancavelicanas y ayacuchanas.

Estaba prohibido los viajes, salvo de los que llevaban productos de primera necesidad. Sin embargo, algunos congresistas hasta hicieron bajar a los que iban en vuelos humanitarios para beneficiar a sus familias, y otros, como en el caso ayacuchano, viajó clandestinamente de la capital a Ayacucho. Como fuere, el retorno se materializó. Cada pueblo impuso sus propias medidas de seguridad (retenes, rondas, cuarentenas, etcétera.). Sin embargo, el virus, por este y otros medios, se propagó.

Como ilustran los dibujos de Edilberto, nos impusieron varias medidas de bioseguridad y nos restringieron algunos derechos como el libre tránsito y las reuniones colectivas. Unos la obedecieron, y otros no. Cómo no recodar esos cumpleaños, matrimonios y otras fiestas con centenares de festejantes en varios lugares de Ayacucho, Junín, Huancavelica, etcétera. Clandestinamente, funcionaban los bares, las discotecas y otros antros. Algunas iglesias evangélicas se negaron a suspender los cultos y adujeron que con las oraciones vencerían a la enfermedad. La gente empezó a usar mascarillas. Algunas las llevaban debajo de la barbilla. Pero, así como hubo desobediencia, también hubo gente que respetó las medidas.

Muchas personas quedaron varadas en ciudades ajenas a sitio de su residencia, porque se suspendieron los viaje terrestres y aéreos interprovinciales. Cerraron los restaurantes, no había donde comer. Impusieron que un día saldrían de las casas las mujeres y otro día los varones. No sé cómo habrán sobrevivido los venezolanos en Ayacucho y otras ciudades intermedias. Debió ser terrible la experiencia.

La educación es otro sector que descubrió la gran brecha social. En las ciudades y para algunos sectores de la población no fue difícil adaptarse a las nuevas condiciones de educación virtual. Pero pensemos en un docente que nunca utilizó una laptop para hacer sus clases, en un estudiante que no tenía ordenador ni acceso a internet. La cosa agrava si reflexionamos en los estudiantes que atendían clases desde áreas rurales, desde un mercado o un taller; o si pensamos en la disponibilidad de espacios apropiados en cada hogar, o en la cantidad de integrantes de la familia y el número de computadoras necesarias. Sin embargo, para muchos de mis colegas la educación virtual fue un éxito. En mi experiencia personal esta no fue efectiva, en un rango de 0 a 10, que los estudiantes hayan aprovechado 4 es mucho.

En un artículo reciente, Abilio Vergara (2022) hizo notar que el confinamiento fue factor de incremento de la violencia familiar. Los que más sufrieron fueron las mujeres y los menores. Así lo demuestran las estadísticas de los feminicidios y la violencia sexual. En algunos casos, como ilustran los dibujos de Edilberto, hubo suicidios de gente que no pudo sobrellevar las nuevas condiciones de vida.

Entre el centenar de dibujos de Edilberto, 24 de ellos tienen a la muerte por trama. Lo que inicialmente fue un número, algo lejano y ajeno, que no tenía que ver con nosotros; de pronto se hizo próximo, llegó enfermando y dando muerte a conocidos, colegas, amigos y pariente. El virus ya estaba haciendo estragos entre nosotros, al punto que a la fecha nos ha arrebatado a más de 212 mil compatriotas.

Los dibujos de Edilberto muestran el uso de bolsas de plásticos para recoger muertos, la ruma de cadáveres depositados en contenedores, los muertos por suicidio, escenas de crematorios, personas caídas en las aceras que no se saben si están muertos o desmayados, las

fosas comunes con más de 386 muertos por COVID-19 en Iquitos, personas que mueren en el interior de los taxis rumbo a algún hospital, situaciones en las que entre enfermos mayores y jóvenes, los médicos tenían que decidir salvar a unos y no a otros, cargadores de ataúdes sin participación de familiares, surgimiento de cementerios clandestinos y la clausura de algunos de ellos, el transporte de cadáveres hasta con tractores oruga y excavadoras, la orfandad de los niños, etcétera.

En este orden, los temas de reflexión podrían centrarse en la deshumanización de la muerte y el trastrocamiento de los ritos fúnebres.

Sobre la primera, como hizo notar Emilio García (2020), durante la pandemia se han hecho evidentes varios aspectos deshumanizadores de la muerte como el aislamiento de las personas infectadas por el virus, la restricción de visitas, la muerte solitaria y abandonada, sin poder despedirse ni perdonarse con aquellos que tuvo distanciamiento por diversos móviles, y sin contar con asistencia espiritual. El sufrimiento de las personas mengua cuando es compartido, no se siente solo al momento de abandonar la vida, no dejan pendientes en su grupo social, y para los creyentes es un alivio la presencia de un sacerdote o un pastor. El sistema no previno que la muerte no es un evento tecnificado y medicalizada. No muere un anónimo, no muere un número (como lo considera la estadística y la demografía), muere una persona. El acompañamiento y los cuidados en los últimos momentos es humanizar a la muerte y da paz tanto al que muere como a los que lo acompañan; por tanto, la separación no será tan dolorosa.

Sin embargo, muerto la persona, y aquí ingresamos al trastrocamiento de los ritos fúnebres, la recepción y el entierro fue sometido a un conjunto de protocolos que incluía la cremación, la entrega directa a las funerarias, las prohibiciones de los velorios y de las misas, el número limitado de personas que podían ingresar a los cementerios; en consecuencia, la ausencia de la familia, de las amistades, de los compañeros de trabajo y los demás conocidos.

Para la antropología, la muerte, más que un hecho biológico, es un hecho social y cultural. Edgar Morin (1974) consideró a la muerte como un elemento hominizante, como un factor que nos diferenció de la vida animal, por tanto, involucra un proceso cultural humanizante. Otros antropólogos han evidenciado que, en muchas culturas, la muerte es considerada el paso de un tipo de vida a otro (Bonte & Izard, 2008; García Miranda, 1997).

Pero dicho paso está marcado por una serie de rituales que, como dijeron Araujo et al. (2021), fue trastocada por la pandemia. Como no podía ser de otra manera, la ausencia de los ritos fúnebres ha creado un ambiente de dolor y frustración y ha llevado a un evento traumático, de angustia y de dolor por no poder despedir al familiar fallecido de acuerdo a sus tradiciones culturales, que no pudieron ser sustituidos, aunque quizá aminorados por las misas virtuales, los mensajes de solidaridad que circularon en las redes y las llamadas telefónicas, ante la muerte de los familiares, amistades, conocidos y compañeros de trabajo.

Referencias

Araujo, M., García, S., & García, E. B. (2021). Abordaje del duelo y de la muerte en familiares de pacientes con COVID-19: revisión narrativa. *Enfermería Clínica*, 31, S112–S116.

<https://doi.org/10.1016/j.enfcli.2020.05.011>

- Bonte, P., & Izard, M. (2008). *Diccionario de antropología y etnología*. Akal.
- García, E. (2020). Humanizar la Muerte en Tiempos de Crisis Sanitaria: Morir Acompañado, Despedirse y Recibir Atención Espiritual. *Cuadernos de Bioética*, 31(102), 203–222. <https://doi.org/10.30444/CB.62>
- García Miranda, J. J. (1997). La muerte en la cosmovisión andina. In A. Vergara (Ed.), *Yo no creo, pero una vez... Ensayos sobre aparecidos y espantos* (pp. 103–110). JGH Editores, Colegio Memoria y Vida Cotidiana, A. C. y CONACULTA.
- Morin, E. (1974). *El hombre y la muerte*. Kairon.
- Vergara, A. (2022). Las Ciencias Sociales y las crisis: La sindemia por el COVID-19 y la crisis política peruana. *Alteritas*, 11(12), 1–18. <https://doi.org/10.51440/UNSCH.REVISTAALTERITAS.2022.12.245>